

Ayuba ben Suleymán ben Ibrahim Diallo

Ayuba ben Suleymán ben Ibrahim Diallo había nacido en Bundu el año de 1701, una pequeña aldea del reino peul de Futa Toro situada en la orilla occidental del río Senegal. El Futa abarcaba entonces los territorios situados a ambos lados del río, entre el reino costero de Wolof y el de los bambara de Segu, situado sobre el Níger. Su abuelo Ibrahim había fundado el pequeño enclave en tiempos del rey Abubakar, de quien había recibido la titularidad de las tierras y el título de alfaquí con capacidad para dictar cuantas leyes fueran necesarias para asegurar el buen gobierno. Inmersa en una continua dinámica de guerra contra los vecinos, la región se encontraba sumida en un grave proceso de despoblación. Por este motivo el abuelo Ibrahim Diallo declaró la aldea como santuario para los musulmanes, lugar donde podían quedar a salvo de ser vendidos como esclavos. Esta medida había logrado la repoblación de la tierra y cierta sensación de seguridad. Al morir Ibrahim fue su hijo Suleymán, padre de Ayuba, quien heredó la gobernación de Bundu junto con el título de alfaquí. Poco tiempo después también murió el rey Abubakar, siendo su hermano Gelasi el heredero del trono. El joven Ayuba creció en compañía del hijo de Gelasi, Sambo, educado por su padre el alfaquí con objeto de que recibiera la formación jurídica apropiada para un rey. Al llegar la mayoría de edad, ambos muchachos tomaron diferentes rumbos. Sambo sería el nuevo rey de Futa tras la muerte de su padre y Ayuba quedaría al servicio de la aldea, tomando en matrimonio una hija del alfaquí de Tumbut, la capital, con quien tuvo tres hijos. En 1728 Ayuba tomó una segunda esposa, con quien tuvo una hija.

El caso es que cierto día de 1730 Suleymán, el gobernador de Bundu, al enterarse de la presencia de un navío en el Gambia envió a su hijo hacia el río para vender un par de esclavos paganos y comprar papel, muy escaso y caro en el Sudán. Con sabio juicio le pidió que no cruzara bajo ningún pretexto el cauce hacia el vecino y enemigo reino mandinga de la Casamancia —tierra de Kunta Kinte, el protagonista de la serie televisiva *Raíces* de tanta resonancia durante la década de los setenta—, pues no quería que corriera el riesgo de ser capturado y vendido por las partidas de bandidos. En compañía de dos sirvientes partió Ayuba hasta encontrar el *Arabella*, un navío fletado por el armador Mr. Hunt a cargo del capitán Pyke. Sin poder alcanzar un acuerdo con el capitán y en contacto con alguien que le serviría de intérprete en el país mandinga, Ayuba, olvidando los consejos, envió sus sirvientes de regreso con el mensaje de que continuaría hacia adelante. Sobre una pequeña piragua cruzó el ancho cauce y adjudicó los esclavos a cambio de dos terneros. Naturalmente Ayuba viajaba armado con una espada y un cuchillo de empuñadura dorada, regalo de su amigo el rey Sambo. Los caminos ya no eran tan seguros como en tiempos de Sundiata, el hijo del león y la búfala. De regreso con sus dos astados en un día de intenso calor, Ayuba paró a dormir en casa de un conocido colgando sus armas en el momento de refrescarse. Ocurrió entonces que, mientras cenaban y charlaban, un grupo de ocho secuestradores surgió de la oscuridad y, viéndolo desarmado y extranjero, lo apresaron junto al intérprete antes de que pudiera alcanzar la espada. A la mañana siguiente Ayuba, despojado de sus ropas, rasurado y embadurnado en aceite como si fuera un prisionero de guerra, fue llevado en presencia del rey mandinga, quien lo vendió al mismo capitán Pyke con quien Ayuba había intentado negociar el día anterior. Como parte del trato, el rey obtuvo una pistola que ufano se colgó al cuello.

Al capitán Pyke le dio exactamente igual que, por activa y pasiva, Ayuba le tratara de explicar que él era el mismo que había negociado el precio de un par de prisioneros el día anterior, aunque finalmente consintió que un emisario viajara hacia Bundu para informar a su padre, quien seguro podría rescatarlos a cambio de otro par de esclavos con los que llenar la bodega. Todo fue inútil. El trayecto hasta Bundu fue demasiado largo para un barco dispuesto a zarpar. De manera que Ayuba sufrió el pasaje intermedio con éxito,

desembarcando en Annapolis, Maryland, donde fue adquirido para una plantación de tabaco en la que comenzó a trabajar. Nuevos esclavos llegados con posterioridad le informaron de que, en efecto, su padre había enviado con urgencia varios esclavos y que Sambo, el rey de Futa, había declarado la guerra al rey mandinga a causa de la gran injusticia que había cometido. Enfrentado a las especiales condiciones laborales de las fincas norteamericanas, Ayuba resultó manifiestamente ineficaz en las labores del tabaco, de forma que fue destinado, por propia iniciativa, al cuidado del ganado. Realizó este trabajo bastante a gusto y con probada eficacia durante unos meses. Cada día, mientras las reses pacían, Ayuba se retiraba hacia los árboles para realizar sus oraciones. Por desgracia, una pandilla de muchachos tomó la costumbre de insultarlo y arrojarle excrementos a la cara mientras rezaba. Esta insoportable circunstancia, unida a las demás desdichas que sufría, entre ellas la imposibilidad de expresar su protesta, motivó su desesperación y huida a través de los bosques hacia Pensilvania, donde fue capturado, castigado y encerrado en calabozo. Una ley local permitía la detención indefinida de cualquier persona sin identificar, siervo o esclavo negro, hasta ser reclamado por su propietario. Fue allí donde Bluett, un abogado de la audiencia, lo conoció solo un año después de haber salido de África.

Intentando averiguar a quién pertenecía, Bluett y su secretario le hicieron signos sin apenas resultados. De repente Ayuba tomó una pluma y escribió unas líneas en árabe. Al leerlas y pronunciar las palabras Allah y Mohamed, y rechazar un vaso de vino que le ofrecieron, comprendieron que se trataba de un musulmán. Por su contenida compostura y agradable presencia percibieron que no se trataba de un esclavo normal. Pasadas unas semanas de prisión, un esclavo wolof que vivía en las inmediaciones pudo servirles de intérprete. Al tanto de su alta condición aristocrática, averiguaron el nombre de su plantación y escribieron un mensaje a su propietario. Después de mandar a recogerle, Ayuba fue tratado con amabilidad permitiéndosele rezar e incluso se le proporcionó papel y pluma con los que escribió una carta a su padre, pidiéndole que encontrara la forma de rescatarlo. La carta no pudo ser entregada al capitán Pyke, ya en Inglaterra, de manera que fue enviada al armador Mr. Hunt con objeto de que este la enviara con Pyke en el siguiente viaje hacia Gambia. Pero el capitán había vuelto a la mar antes de que la carta llegara a Londres, por lo que Mr. Hunt la guardó en espera de una nueva oportunidad. Un golpe de fortuna quiso que la carta cayera en manos de James Oglethorpe, el director de la RAC, quien la envió a un erudito de Oxford para su traducción. Admirado con las expresiones del remitente y sintiendo una gran compasión por quien ya era llamado Job ben Salomón, el director de la naviera propuso al armador que dedicara una mínima cantidad de dinero y enviara un agente para comprar al esclavo en Maryland. Con este agente vivió Job en Annapolis durante unos meses, esperando que el río se deshelara para poder navegar hacia Londres. En marzo de 1733 embarcaron finalmente hacia Inglaterra junto con el abogado Bluett, quien por casualidad regresaba en el mismo buque. Este Bluett sigue narrando que, viendo la dificultad que tenía para expresarse durante el viaje, decidieron dedicarle el tiempo que fuera necesario para enseñarle el inglés, una lengua que manejaba con fuerte acento a nivel básico al arribar a finales de abril. A pesar de las indisposiciones y el mal tiempo, Bluett relata que Job jamás omitió sus oraciones ni consumió carne alguna de cerdo o que no estuviera sacrificada por él mismo, solo alimentándose de verduras y pescado. Hizo mucha amistad con los marineros y oficiales, quienes le indicaron el nombre de los principales hitos observables desde el Canal de la Mancha, detalles que Job siempre apuntaba con escrupulosa meticulosidad, dijo, para “poder demostrar a los ingleses que encontrara por su reino que verdaderamente estuvo en Inglaterra”. Su único deseo era regresar.

Enviada a su destinatario la célebre carta, unas semanas después de haber desembarcado Bluett visitó a Job en la habitación donde Mr. Hunt, su nuevo propietario, lo

había alojado. Este le expresó apesadumbrado su preocupación al haber tenido noticias de que su dueño, al parecer, pretendía venderlo de nuevo a unos desconocidos de quienes desconfiaba. Pensaba que serían capaces de enviarlo como trabajador a las colonias o tal vez incluso devolverlo a su padre, pero a cambio de un rescate desorbitado. Para poner remedio a tan indeseada posibilidad, Bluett habló con Mr. Hunt y organizó una colecta para comprar su libertad. Para entonces Job era la sensación de moda en un Londres donde se cultivaba el gusto por lo exótico. Las señoras solían pasear por la orilla del Támesis en compañía del niño esclavo tocado con turbante y vestido con bombachos a la turca, con un monito encadenado. Decenas de señores importantes reclamaron su presencia en los salones de té, mostrando una especial simpatía con su desgracia. Le hicieron elegantes regalos y contribuyeron hasta completar la suscripción, con la que pudieron liberarlo y poner fin a sus temores.

Bañado y bien vestido, Bluett describe a su amigo africano. “Era una persona atractiva, más alto de lo normal, con labios no muy gruesos y larga cabellera rizada. De buena constitución física, a pesar de que la abstinencia y la fatiga de su condición esclava le hacía parecer delgado y débil. Su rostro resultaba extremadamente agradable, pero grave y comedido. Quienes le conocieron resaltaron su agudo ingenio y su limpia ingenuidad. Siempre mostraba juicios sólidos, despierta memoria y claro discurrir. Sin tener en cuenta los prejuicios desfavorables a sus creencias religiosas, resultaba admirable cuán razonable e imparcial se mostraba en conversaciones sobre cualquier materia, argumentando sus respuestas y manteniendo su opinión sin ofender de ninguna forma a su interlocutor. Ni hipócrita ni comedido, sino de fuertes convicciones, mostraba tanto respeto por la verdad como deseo por encontrarla. A pesar del inconveniente que le impedía lograr una completa comunicación, quienes se acostumbraron a su hablar siempre encontraron entretenida su presencia”. Su agudeza de ingenio pudo demostrarse en varias ocasiones, dice Bluett, pues “comprendía enseguida el funcionamiento de cuanto aparato se le mostrase, reconstruyéndolos con facilidad cuando se los desmontaban”. Su memoria era extraordinaria, ya que con quince años aprendió el Corán al completo y, durante su estancia en Londres, escribió tres veces este texto sin tener que consultar ninguna otra copia ni volver a las ya terminadas. Su temperamento pareció a Bluett “una mezcla de lo serio y lo alegre, de una dulzura amable con profunda calidez en especial con cuantos sufrían algún tipo de aflicción. En sus conversaciones gustaba de entretener con giros ingeniosos e historias curiosas, sin faltar la decencia o la buena educación”.

“Sentía una especial aversión hacia cualquier tipo de retrato”, continúa Bluett, “hasta el punto de que fue extremadamente difícil que posara para el suyo. “Le tuvimos que asegurar que nosotros jamás adorábamos las imágenes y que solo queríamos su retrato para recordarlo cuando ya hubiera partido”. Finalmente accedió a ser retratado por Mr. Hoare de Bath. “Cuando tuvo terminada las facciones, este le preguntó en qué ropas quería verse vestido, a lo que respondió que al estilo de su tierra. Como el pintor le contestó que no podría hacerlo sin haberlas visto, Job inmediatamente le preguntó cómo era posible que no pudiera pintar un traje sin conocerlo, cuando tantos pintores habían retratado al mismo Dios sin que nadie lo hubiera visto jamás”. Con respecto a su religión, Bluett decía que, siendo musulmán, “parecía mucho más moderado que muchos de sus correligionarios. No creía en un paraíso de sensualidad ni en otras ridículas tradiciones generalmente admitidas por los turcos”. Se mostró siempre constante en sus devociones con Dios, pero nunca rezaba a Mohamed el Profeta, pues pensaba que “a nadie sino a Dios se podían elevar plegarias. Tenía tanta convicción en la existencia de un solo Dios que no fue posible enseñarle ninguna noción sobre la Santísima Trinidad, ni siquiera proporcionándole un ejemplar del Nuevo Testamento en lengua árabe. Al ser preguntado sobre el dogma tras haberlo finalizado aseguró que, habiéndolo estudiado con detenimiento, no había podido encontrar ninguna referencia a tres dioses, al contrario de

lo que muchos le indicaron. Mostraba en todas ocasiones una especial veneración por el nombre de Allah, que nunca pronunciaba sino con una entonación particular seguida de una pausa llamativa". Sus ideas sobre Dios, la Divina Providencia y la vida futura parecieron a Bluett esencialmente justas y razonables. Su nivel cultural, teniendo en cuenta su procedencia, no pareció nada despreciable. "Todos los libros en su tierra eran manuscritos en árabe. Conocía perfectamente los aspectos históricos de la Biblia y hablaba con mucho respeto de los santos mencionados en las escrituras especialmente de Jesucristo, a quien admiraba como un grandísimo profeta que podría haber hecho mucho bien en el mundo si no hubiera sido por los malvados judíos, quienes forzaron a Dios a enviar a Mohamed para confirmar y mejorar su doctrina".

Al quedar desligado de Mr. Hunt, Bluett se dirigió a la RAC para exponer la cuestión del regreso a Bundu. Mientras Job fuera enviado de vuelta a su tierra, en el primer barco y sin ningún coste, la compañía lo alojaría gratis en una de sus oficinas e incluso ofrecería cualquier ayuda que pudiera necesitar. Con total libertad y una fama de renombre, Job se dedicó a visitar Londres y los alrededores. Un día, de visita en casa del médico, botánico y coleccionista Sir Hans Sloane —a quien se debe la introducción del cacao jamaicano en Inglaterra—, Job expresó su deseo de conocer a la familia real. Sir Sloane le prometió que haría todo lo posible por lograrlo tan pronto como tuviera las ropas adecuadas. Job sabía bien a quién de sus amigos acudir. Siguiendo sus indicaciones, un sastre le confeccionó un elegante bubú de seda al estilo de su tierra. De esta guisa conoció a sus majestades y al resto de la familia real. La reina Caroline le regaló un reloj de oro y, aquella misma noche, tuvo el honor de cenar con el Duque de Montagú y otros nobles, que también le hicieron regalos. Como consecuencia de estas conversaciones, el duque lo mantuvo bajo su protección llevándolo a sus posesiones campestres y mostrándole cuantos utensilios podían ser utilizados en las labores agrícolas. Puso a sus siervos a trabajar para que Job pudiera observar el manejo de las herramientas y después le regaló una completa colección de herramientas, que Job dispuso en cajas para que fueran embarcadas el día de su regreso. Después, termina su relato Bluett, "fue equipado con dinero, para el caso de que pudiera ocurrirle algún accidente en su trayecto que le obligara a desembarcar, o para ocasionales cambios de rumbo. A finales de julio [de 1734] subió a bordo de un navío de la Compañía Africana con destino Gambia, donde esperamos que haya llegado sin problemas, para alegría de sus amigos y honor de la nación inglesa".

El relato de *Some memoirs of the life of Job, son of Solomon* de Thomas Bluett concluye con la partida a bordo del Dolphin. Será Francis Moore, el escribiente y administrativo de la RAC en Fort James, la factoría del río Gambia, quien nos cuente el final de las aventuras de Job en *Travels into the inland parts of Africa*, un texto escrito y publicado en 1738 de regreso en su tierra a partir de los informes que realizó para la compañía. Resulta evidente en *Travels* que Moore ya conocía el relato de Bluett cuando se dedicó a redactar la conclusión, pues motiva su iniciativa e incluye la historia de la captura y estancia de Job en Londres resumiendo la fuente, como aquí hemos hecho. No obstante, a pesar de que mucha de la información ofrecida tuvo que obtenerla con posterioridad a su estancia en Gambia, su libro constituye uno de los mejores y más interesantes documentos tanto para conocer el estado precolonial de la futura posesión británica, como para proporcionarnos un reflejo directo de la dinámica y efectos de la trata sobre los habitantes de la región.

Al arribar el navío Dolphin a Fort James, Moore ocupaba con cierta desgana el cargo de factor. Escribe que estaba en una de los almacenes del río, ocupado en su nuevo trabajo, cuando el 8 de agosto de 1734 fue requerido en el fuerte y pudo ver desembarcar a un elegante peul a quien los oficiales de la compañía mostraban gran respeto. Ya sabía de quién se trataba. Unos meses antes había recibido la carta que Job había dirigido a su padre, con instrucciones muy precisas para hacérsela llegar. Después de haber descargado

su voluminoso equipaje de arcones repletos de herramientas, lo primero que hicieron fue buscar un mensajero peul con objeto de avisar de su presencia. El joven se mostró entusiasmado al reconocerle, pues conocía el sufrimiento que había experimentado la familia con su pérdida. Igualmente este joven mostró enorme sorpresa por tratarse de la primera ocasión en que una persona vendida partía y regresaba con vida. Job envió al mensajero con regalos para sus esposas y el encargo de que su padre no hiciera el fatigoso camino hasta la factoría, sino que él mismo iría a su encuentro tan pronto como le fuera posible. Le pidió también que regresara con su segunda mujer, a quien deseaba ver con premura.

No sabemos por qué motivo, Job quiso arreglar ciertos asuntos río arriba, de manera que Moore aprovechó el recorrido por sus factorías para acompañarle. Una tarde, estando bajo un gran árbol en Damasensa, cerca del lugar donde había sido apresado, de repente aparecieron los mismos bandidos que cuatro años antes lo habían capturado. Al verlos no se pudo contener. Lleno de rabia e indignación Job quiso atacar con las pistolas que llevaba. Moore tuvo que hacer grandes esfuerzos para sujetarle y explicar que, aunque pudiera terminar con todos, no tardarían mucho en perseguirles para acabar con su vida. Abandonado el intento y vueltos a sentar como si nada hubiera ocurrido, Job comenzó a preguntar si recordaban a cierto joven peul que habían apresado y vendido unos años atrás no muy lejos de aquel paraje. Ellos recordaron entonces aquel día y cómo el rey había muerto poco después, por el disparo accidental de una pistola que siempre llevaba al cuello. En aquel momento Job se emocionó tanto que, postrándose de rodillas, comenzó a dar gracias a Dios por haber castigado al depravado con la misma arma que había obtenido al venderlo como esclavo. "Puede usted ver, Mr. Moore, que Dios Todopoderoso reprobó mi esclavización castigándolo por sus actos. De cualquier forma debo perdonarle, pues si no hubiera sido vendido no hubiera conocido la lengua inglesa, ni conseguido las útiles y valiosas herramientas que traigo conmigo para provecho de mi pueblo, ni hubiera sabido de la existencia de Inglaterra, donde tan nobles personas habitan".

Moore y Job visitaron juntos otros lugares del río en busca de esclavos para la factoría. El peul siempre hablaba maravillas de los ingleses, con lo que aplacaban el miedo de la gente a ser esclavizada, afianzando la predilección por los negreros sajones. Antes del regreso de Job, argumenta el autor, imaginaron que todos los que partían serían asesinados y devorados, puesto que nadie regresaba. Job vendió algunos de sus objetos a cambio de otras mercancías. Con ellos compró una esclava y dos caballos que pensaba llevar a Bundu y repartió entre los amigos una gran cantidad del papel que traía en las cajas de la compañía, haciéndose muy popular y querido. Un par de semanas más tarde el mensajero regresó acompañado de varios viejos amigos y algunas malas noticias. A pesar de los abrazos y alegrías del reencuentro, los ojos de Job derramaron abundantes lágrimas de pena durante días. Su padre había fallecido, aunque después de recibir y leer su carta. Había pasado del mundo con la alegría de la liberación y la gran fama de su amado hijo en las lejanas tierras inglesas. Supo que una de sus mujeres había tomado un segundo esposo pero que este, al conocer su regreso, había abandonado el poblado. Y se enteró de que, desde su partida, una serie de batallas espantosas y terribles habían terminado con el abundante ganado del pueblo. Job todavía permaneció unos días con Moore antes de partir a la aldea. En una de sus últimas conversaciones Job explicó al factor que perdonaría a su esposa adúltera y al hombre que la había deshonrado, "ya que, Mr. Moore, ella no pudo evitar pensar que yo estaba muerto, al partir a una tierra de la que ningún peul jamás había regresado. Por lo tanto, ni ella ni él pueden ser culpados".

Nos resulta sorprendente que ni Bluett, ni Moore, ni el mismo Ayuba ben Suleymán, cuestionen en ningún momento la esclavitud. Todo lo que podemos encontrar en sus voces es el particular rechazo a un caso muy concreto, debido sobre todo a la situación social y cultural de esta persona. Una circunstancia que, sin lugar a dudas, en más

de una ocasión se produciría. La aceptación de la condición de esclavo, por tanto, no debe ser generalizada como a veces deja traslucir la literatura de la época, ni en África ni en el Nuevo Mundo. Y esto no debe entenderse como el rechazo al maltrato, sino como la respuesta a una pertenencia en propiedad que, no siendo aceptada, no se puede considerar ética. Por otro lado, detrás del gesto filantrópico, más allá de la restitución de un amigo al estado de hombre libre y de la aceptación de su voluntad, lo que subyace en las palabras de los autores es el simple interés económico que la ideología imprimió en la conciencia de los protagonistas sin ningún tipo de recato hipócrita. Así, la Divina Providencia habría tomado un camino tan cruel, inexplicable y azaroso, con el objetivo de que Ayuba pudiera promover el desarrollo de su pueblo a través del contacto con la cultura de los europeos. Y, de la misma forma, la liberación y admisión en sociedad del exótico extranjero tendría como único objetivo lograr la fidelidad del mercado. Bluett terminó su escrito con unas *Conclusiones, que contienen algunas reflexiones sobre la totalidad*, donde leemos:

“Con reflexiones como esta solía Job confortarse durante su cautiverio. [...] Hablando con frecuencia devotamente sobre el cuidado que pone Dios sobre sus criaturas, en particular sobre los grandes cambios sufridos en sus circunstancias, todo lo que piadosamente atribuía a una mano invisible. [...] Al ser informado de que el rey de Fula había matado a cientos de mandingas [...] afirmó que si él hubiera estado allí lo hubiera impedido, porque no fueron los mandingas, sino Dios quien lo había enviado a tierras lejanas. Sería presuntuoso por nuestra parte pretender saber lo que Dios quiere hacer en cada momento. ¿No estaríamos en lo cierto al afirmar humildemente que la finalidad de la captura y feliz liberación de Job podría ser el beneficio y la mejora de sí mismo y de su pueblo? [...] ¿Quién puede saber si con él puede toda una nación llegar a la felicidad? La importancia que él tiene en aquellos lugares como futuro Alto Sacerdote, y la amistad que le une al rey del país, considerando las obligaciones que ahora tiene con los ingleses, podrían posiblemente prestarnos grandes servicios en un futuro, y con razón podemos esperar esto, por las repetidas afirmaciones que le hemos escuchado de que, en cualquier circunstancia, utilizaría toda su influencia para promover el comercio inglés frente a cualquier otro”.